

Solemnidad de Pentecostés (24-05-26)

Homilía del Cardenal Carlos Castillo

(Transcripción)

Esta fiesta, hermanos y hermanas, es la razón de ser de nuestra Iglesia porque Jesús la funda verdaderamente sobre Pedro, reconociendo cómo el Espíritu actuó en él cuando le dice: «Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo». Y Jesús le dice: «Esto no te lo ha revelado la carne y la sangre, sino mi Padre que está en el cielo». ¿Por medio de quién se lo ha revelado? Del Espíritu Santo que, además, gracias a la muerte y Resurrección de Jesús, soplando sobre sus discípulos, ha soplado sobre toda la humanidad; de tal manera que ese Espíritu se ha repartido en toda la humanidad y podemos volver a Él si es que lo sabemos escuchar, si es que lo sabemos comprender y nos abrimos, abrimos las puertas de nuestro corazón y de nuestra mente a ese Espíritu.

Y tenemos que lamentarnos de que el mundo actual, si bien tiene esa presencia, especialmente por la Iglesia, pero también en todos nuestros corazones, en todos los aspectos buenos que tenemos, no sabemos todavía cuántas cosas más nos puede dar ese Espíritu si lo escuchamos. Por ejemplo: la justicia, la paz, la comprensión, la escucha de nuestros problemas, el encuentro de soluciones a cosas terribles y difíciles de solucionar. Y estamos arrastrando en el mundo muchas cosas que, más bien, se deben a otros “espíritus” que no son santos y que son la ambición, el odio, la riña, el prejuicio, la maledicencia, el desprecio por el otro, creyendo que podemos subsistir despreciando y no apreciando.

Por eso, esta fiesta es fundamental porque nos recuerda que venimos como creyentes, venimos de un don que Él nos ha

dado, que es su amor. En el catecismo, estudiábamos cuando éramos más jóvenes: el Padre y el Hijo que se aman eternamente y que del amor del Padre y el Hijo se da la tercera Persona de la Trinidad, que es el Espíritu Santo. Esto es algo muy importante porque el Espíritu está en la relación entre el Padre y el Hijo, que nos creó a su imagen, y como en todos nosotros existe esa imagen, solo si aprendemos a relacionarnos y a compartir y a comprender lo interesante que hay en ti y en mí y en todos nosotros, y en esa cultura y en la otra, en este pueblo y en el otro, entonces, caminamos hacia la armonía.

Por eso, nuestros jóvenes han elegido un camino muy interesante en el último tiempo después de grandes protestas que hicieron, pero les dieron palo y los persiguieron. ¿Y dónde están los jóvenes ahora? Bailando en las plazas.

Me decía un hermano que vino hace poco de México: «Estoy sorprendido porque aquí los chicos están en todas las plazas bailando los domingos y los sábados». Y no solamente en Lima, no solo en la Plaza de los Héroes Navales, en la mayoría de las plazas del país.

¿Qué están diciéndonos los jóvenes hoy día por obra de la inspiración, de la música, de la danza, de la religiosidad popular y sus bailes en las procesiones? ¿Qué nos están diciendo? «Queremos disciplina, aprender juntos; queremos comunidad, queremos alegría, queremos amistad y comunidad viva». También ahí se encuentran sus parejitas y se enamoran. «Queremos amor, queremos cariño, queremos, sobre todo, armonía de encuentro entre peruanos».

Es muy lindo porque a esos jóvenes no se les escucha decir que la gente de la sierra no tiene cerebro, como se ha dicho en varios sitios en el último tiempo. Ellos reconocen que

todos somos verdaderos seres humanos, con sus calidades, sus maravillas, como la maravilla de haber promovido esa preciosa advocación del Señor del Qoyllur rit'i, en donde todos los cuzqueños suben hasta la montaña caminando para encontrarse con su Señor.

Si así somos en la religión y en la fe, en donde también estamos adelantando esa armonía que el Espíritu introduce, solo nos falta llegar a otros niveles: al nivel de la sociedad, al nivel de la justicia, al ambiente, sobre todo, de las relaciones sociales en donde hay grupos que se dedican a matar y grupos, la mayoría, que solamente ponemos los muertos. Tenemos que entrar en un proceso de conversión en el Espíritu, porque, olvidándonos del Espíritu Santo, solo se debocan los intereses, se desbocan las ambiciones y destruimos lo más bello que tiene el Perú, que es su humanidad. Y, por eso, hoy día, estamos llamados todos a decirle al Señor: «Tú que nos has dado el Espíritu, permítenos ser más humanos; perdónanos que a veces nos equivocamos». Aprendamos a perdonarnos y también a perdonar, como dice el Señor ahora.

Este texto del evangelio de hoy (Juan 20, 19-23) es precioso porque están esas dos imágenes: la de Pentecostés en Hechos de los Apóstoles (2, 1-11), donde están reunidos y hay un trueno, un relámpago, surge algo así como un fuego, se depositan luego en pequeñas lenguas de fuego, entran en cada uno de los discípulos en su cabeza, y después les hace hablar la Palabra de Dios y todo el mundo los entiende; se genera la armonía en la diversidad del mundo. Permite eso que siempre hemos querido en el Perú: la unidad en la diversidad, unidos, aunque diversos, comprendiéndonos y aprendiendo a entendernos. En muchas asociaciones, familias, grupos y provincias se ha aprendido eso, especialmente, en las comunidades campesinas, pero algunos no lo entienden, inclusive católicos.

Por eso, hemos ido el día de ayer a celebrar la misa a las víctimas de las exacciones realizadas a los campesinos de Catacaos, especialmente, al pueblo Tallán. Un grupo católico los querido destruir, pero no se han rendido. Y con el aliento del Papa Francisco, que les dijo: «Ustedes defiendan sus tierras, sigan adelante», hemos ido, inclusive, a pedirles perdón a nombre de la Iglesia, porque fue un grupo de la Iglesia el que destruyó sus vidas. Y tiene que ser la Iglesia también la que ayude a reparar y a levantar ese pueblo maltratado.

Hermanos y hermanas, todos estamos necesitados de dejar de maltratarnos, de aprender a comprendernos y de alentarnos. Y el Espíritu que Jesús nos dio es para eso.

Por eso, los mismos discípulos que habían vivido esta terrible tragedia de la muerte de Jesús y estaban con miedo a los judíos, porque los iban a perseguir a ellos también, en medio de ese miedo, llega Jesús. Esto es muy importante, hermanos, porque todos hoy día tenemos miedo, especialmente, porque no sabemos en qué momento a alguno se le ocurrirá meterse a matar a alguien. Estamos viéndolo todos los días. En la misma Piura, estos días mataron a un alcalde. Ese espíritu malo, negativo, no es el Espíritu Santo. Y esa persona que ha matado, como otras que han matado, también son hijos de Dios y están llamados a recapacitar y a reparar.

Por eso es labor de todos generar entre todos una capacidad de comprender que permita, inclusive, al peor enemigo, convencerlo de que ese camino no es bueno y que es mejor aprender a ser hermanos y, evidentemente, a reparar. Por eso lo hemos hecho y hemos ido con el Cardenal Barreto y los demás obispos y nos hemos puesto de rodillas ante ese pueblo, para decirles que la Iglesia, de rodillas ante su pueblo, quiere levantarlo.

Y, por eso, hoy día, vamos a llenarnos de fuerza y de esperanza, porque está presente el Espíritu en nosotros, solo necesitamos abrirle las puertas, solo tenemos que ayudarnos a dejarnos inspirar por Él. Y no hay cosa más linda que la inspiración.

Hoy día están aquí también los ingenieros, que cumplen 64 años de fundados del Colegio de Ingenieros. Bueno, para ser ingeniero se necesita **ingenio**. Un ingeniero sin ingenio, bueno, se le caen las casas. Y la ingeniosidad viene, justamente, de la sabiduría; y la sabiduría es lo que quiere decir la inspiración del Espíritu Santo.

Hermanos y hermanas, ¿qué haríamos si no tuviéramos inspiración? Si el ser humano no tuviera inspiración, no tendríamos a César Vallejo, no tendríamos los lindos cantos que la gente canta, como han cantado ahora el coro; seríamos obtusos. El ser humano vive de la inspiración, y eso lo recibimos -como hemos dicho en otras homilías- en el seno materno ya, pero Dios ha querido que, en medio de nuestros miedos también hacer aparecer a Jesús para darle su Espíritu y soplar sobre ellos.

Desde ese día, hace más de 20 siglos, la Iglesia salió y superó los miedos saliendo a caminar y anunciar a todos los pueblos, en todas las lenguas, la Palabra de Dios, la palabra de consuelo, de aliento, de esperanza y de autocrítica también de los errores que uno tiene. Y, por eso, hoy día, vamos a pedirle al Señor que renovemos todos esa inspiración en el mundo, para salvar a este mundo que tiene diversidades enormes que requieren ser comprendidas y armonizadas. apreciadas y no destruidas.

No más escuchar de un gobernante esa palabra: “Mañana, en tres horas, tenemos ya desaparecida una civilización”. ¡Qué es esto! ¿Quién es esa persona para decir que una civilización puede desaparecer porque Él la va a

desaparecer? No es Dios. Y, además, Dios nunca lo haría. Solo puede salir de una persona que se cree dios. Y tener el Espíritu Santo no es creerse Dios, tener el Espíritu Santo es dejarse inspirar para comprender la maravilla de lo que tenemos y trabajar en base a esa maravilla.

Señor Presidente José María Balcázar, ahora que usted está aquí presente, que ese periodo breve que va a estar con nosotros también tenga esa inspiración para hacer del Perú un país en donde el encuentro sea más importante que la diferencia, y que las diferencias sean comprendidas e integradas gracias a su labor.

Que Dios los bendiga a todos. Dejémonos mover por el Espíritu Santo que, aunque no lo vemos, está presente y nos guía, y que es más grande, más profundo y más fuerte que ese “dios” que se llama “dinero”, que lo adoramos a veces porque vemos cómo crece, pero que de ninguna manera nos lleva a la felicidad. Bendiciones para todos y feliz Fiesta del Santo Espíritu, feliz Pentecostés.

Amén